

OPTA AL CONCURSO DE CUENTOS.

AMOS Y CRIADOS.

Evidentemente, usted tiene toda la razón del mundo, señor. ¿Quién le ha dicho lo contrario? Usted manda y nosotros obedecemos. Ya lo dice el cura cada domingo desde el púlpito. Los pobres sólo venimos al mundo para sufrir. A padecer para ganarnos el cielo. Pero no faltaba más, señor, estamos a sus ordenes. Por eso estamos a su servicio y nos paga cada mes. Por eso el negocio es de su propiedad. Por algo su padre, sus tíos, sus abuelos ganaron la guerra. ¿Qué hubiese sido de su fortuna, de sus hoteles, su palacio, sus coches, el yate, los criados, si aquella chusma, los rojos, llegan a ganar la guerra? ¡Si un destacamento de aquellas desharapadas milicias llega a tocar al portalón del palacete! Ni hambre ni racionamiento hubiesen padecido los pobres, no lo dude, señor, sea dicho sin ánimo de ofender. Pero, como siempre, las cosas

rodaron a su favor. Ustedes ganaron y por eso tengo que trabajar diez horas diarias para usted, sábados incluidos. E incluso algún domingo. ¡Una semana de vacaciones al año! ¿Le parece justo, señor? No, si no lo digo por nada. Hablar por hablar. Para pasar el rato. Ya le veo la cara cuando me paga cada viernes, a las ocho de la noche exactamente. Me da el dinero con prevención, como si no me lo hubiese ganado, como si le hubiese robado. ¡Conozco tan bien a los de su raza! Como sus amigos de la peña de cazadores. Ustedes quisieran que trabajásemos por unas sopas de col, por un mendrugo de pan. Como en tiempos de los esclavos. Pero no se preocupe por nada, señor. Todo se hará como ha ordenado. Por algo usted es el propietario, con todos sus negocios, sus fábricas, sus rentas protegidas por la Constitución. Porque antes, con la dictadura, solo había el garrote y la Guardia Civil para defender lo suyo. El garrote y la prisión. Ahora han cambiado las cosas. Ahora, ya lo vemos, son ustedes más civilizados con la ley y trescientos diputados a su servicio... hasta la gente que creímos de izquierda trabajan para ustedes, ¡quién lo hubiese dicho! Qué le vamos a hacer. Ustedes vencieron. Es justo que administren su victoria. Cada pueblo tiene el collar que se merece. Usted mande. Estoy a sus ordenes. Ya lo sabe. Aquí no ha cambiado nada.

Indiscutiblemente yo no puedo defender mis ideas con la brillantez con que tú lo haces, compañero. Por alguna circunstancia que me esfuerzo por comprender resulta que tú eres el responsable político del partido y, además, todo un hombre de carrera. Por desgracia, mis padres no pudieron darme estudios como los tuyos. A los catorce años ya me pusieron a trabajar. Trabajar de sol a sol haciendo de criado para los señores. ¡Siempre los malditos señores! Por eso me hice de izquierdas. Tú lo sabes perfectamente, compañero. Tengo el carnet en regla, todas las cotizaciones del año en curso pagadas y jamás he faltado a una reunión de la célula ni a ninguna manifestación. Pero te aseguro que a menudo me invaden las dudas. Yo no he leído como tú lo has hecho toda esa tonelada de libros que tenemos en la biblioteca del partido y que únicamente leéis vosotros, los miembros de la dirección. Ya sabes a qué me refiero: Marx y todos los demás barbudos que decoran el local. Quizá vosotros teneis razón en vuestras propuestas, no voy a discutirte ahora. Tu sabes hablar muy bien, por algo tienes una experiencia de años de profesor en la Universidad. Y yo, ya ves, a los cuarenta parezco un viejo de sesenta. Y las manos... ¡fíjate que manos! ¡Que diferencia con las tuyas, que hasta parecen de señorita! Pero concretemos, compañero. Lo que sucede es que yo no veo muy claros todos esos planteamientos tuyos y de la dirección de que para acabar un día con el capitalismo tengamos que respetar siempre sus leyes,

su Rey, su Iglesia, sus policías. Sí, ya te vi en la manifestación a favor de las reivindicaciones de la policía. Tú dices (por eso eres el responsable político, por eso tienes la confianza de la dirección de Madrid) que hemos de saber hacer alianzas para, todos juntos, acabar un día con los que nos oprimen. Pero jamás he podido tener confianza en los que agachan el espinazo ante los jueces, los, ricos, los militares. ¿Me dirás que pese a todo nuestra línea es la correcta? ¿Quieres decir que nuestros maestros, los de las barbas, esos que tenemos presidiendo la sala de juntas, decían que teníamos que hacer todo esto? No lo veo nada claro, compañero. Lo malo es que no puedo decir nada porque no tengo estudios. No pude ir a la Universidad. Y sin estudios ni tus mismos compañeros de lucha te escuchan. Es curiosísimo todo lo que sucede en nuestro partido. Mira por donde, la mayoría de los que mandáis, todos los que vais cada cuatro años encabezando las listas electorales sois hombres de carrera, de seminario, algunos incluso hijos de los que nos ganaron la guerra. ¿Quieres decirme que no se puede hacer otra cosa?, ¿que esa es la política correcta para acabar con los que nos oprimen y nos niegan lo más elemental: vivienda barata, estudios gratis para nuestros hijos, hospitales adecuados, una pensión digna para cuando nos retiremos? Ya te digo. A veces lo dudo. Pero tú mandas. Tú eres el secretario de la organización. Por algo te han ido reeligiendo en cada conferencia. No quiero suponer que todo lo que dices sea un puro engaño, que con tu línea estés haciendo el juego a los de siempre, que seas un infiltrado entre nosotros. Porque tú eres el responsable, tienes carrera, sabes hablar en público, fuiste diputado del partido, sales en los periódicos, teorizas, explicas. ¡Cómo me hubiese gustado poder seguir estudiando, no haber tenido que ponerme a trabajar! Quizá de haber podido seguir en el colegio ahora no me sentiría tan confuso ante todas estas cosas tan extrañas y que, a veces, me parecen tan sin sentido: respetar sus reglas de juego, sus leyes, participar en sus elecciones, felicitar al rey y a la reina el día de su cumpleaños... De verdad, compañero, ¿crees que todo esto es necesario para la causa? ¿Sí? Tú sabrás, para algo eres el secretario. Por algo mandas. Por algo vienes de buena familia, de una familia con dinero, de esas que ganó la guerra y en la postguerra iba persiguiendo rojos. ¿No era fiscal tu padre? ¿Indisciplinado? No, hombre. A tus ordenes. ¡Qué remedio! Se cree en el centralismo democrático o no se cree. Y pese a mis críticas, tú lo sabes perfectamente, yo he sido, soy y seré un disciplinado militante. Un buen militante de tu partido, compañero.

Ser una mujer trabajadora, ni en este país ni en ninguno, es un regalo. ¡Quién me hubiese dicho, de jovencita, que mi vida se reduciría a soportar

tanto trabajo y tanta miseria! Al cine, a bailar, íbamos antes de casarnos, cuando aún no habíamos estado ninguna vez en la cama. Pero después... ¡qué cambio! Los hombres sólo te quieren para tener una criada en casa. Alguien que les cuide, que les haga de madre, que les tenga lista la comida, la ropa, que se preocupe de los hijos. ¿Y qué puedo hacer? Siempre ha sido así. Obedecer. ¿Dónde podría ir sin oficio ni beneficio? De pequeña sólo me enseñaron a coser, a lavar, a fregar los platos, a tener limpia la casa. Ahora lo veo claramente: sólo me educaron para eso, para ser una dócil, obediente esclava. Y lo que es peor todavía: todo esto que ahora pienso no puedo decirlo a nadie, ¡jamás! Mi madre me consideraría una loca. "Con el hombre que tienes y con el dinero que gana..." sólo sabría decir. Por lo demás, mire por donde mire, el cuadro es el mismo. Mis vecinas, por ejemplo. Como yo, exactamente igual. Siempre resignadas, cargadas como un burro, yendo de compras al mercado, con diez quilos de comida en cada mano, sacando la lengua por el esfuerzo, subiendo a pisos sin ascensor, preparando la comida para los hijos, para el marido. Realmente ser mujer trabajadora no es ninguna ganga. ¿Dónde te colocas si no estás especializada en ningún trabajo concreto? ¡Si al menos hubiese podido acabar el bachillerato, hubiese estudiado mecanografía en una academia, supiese leer y escribir! Pero no. Tenía que ser una buena madre, una perfecta esposa. Y si riñera con mi marido lo único que podría encontrar para defenderme sería limpieza de escaleras. O hacer de puta por las calles. ¡Criada o puta! ¡Qué futuro más esplendoroso! Nada de todo esto me explicaron las monjas de pequeña. Pero él, el señor, puede irse al café, a jugar una partidita con los amigos; hasta tiene tiempo de leer el diario por muy cansado que llegue por la noche. Una mujer es diferente. Nunca tiene tiempo para nada. Preparar la comida, ir de compras al mercado, hacer las camas, fregar, limpiar la ropa, llevar a los hijos a la escuela. El hombre, aun el más pobre, siempre será un señor si lo comparamos con la mujer. ¿Hasta cuándo?, me preguntó. Hasta cuándo serán así las cosas? Una buena esposa, una buena madre. ¡Una buena criada es lo que soy! Eso me enseñaron. Eso soy. Nada más.

No se lo discuto, señor ingeniero. Ya veo la orden del Juzgado, con todos sus sellos. ¡Cuántas pólizas, Dios mío! Y cada una es de una oficina diferente. ¿Tanta gente se gana la vida, estando sentada, en la Ciudad? Sí, ya me lo ha dicho. Hemos de dejar la casa, el huerto, pues la autopista pasará por en medio de la finca. Pero, usted comprenda, señor ingeniero. Pensaba que había unas leyes, que me darían algo más de indemnización. ¿Qué podemos hacer con quinientas mil pesetas? ¡Si el piso más barato ya vale más de cuatro millones! Además, si nos expropian la tierra... ¿qué haremos? Usted comprenda

que de este huerto hemos vivido generaciones y generaciones de campesinos. La tierra da poco, en todas las épocas. Pero siempre hemos tenido para ir tirando sin muchas estrecheces. Unas fanegas de trigo, las almédras, los manzanos, la verdura que no nos cuesta nada, el cerdo, las matanzas de cada año, cuatro gallinas y cuatro conejos. Que más puede pedir un campesino que vivir sobre la tierra en que trabajaron sus padres y sus abuelos. Vivir de nuestro sudor, sin tener que pedir nada a nadie, sin tener que mendigar, es lo único que deseamos. En la ciudad ¿qué vamos a hacer con sólo quinientas mil pesetas, sin un trabajo? ¿Ponernos a pedir en la calle? Comprenda, señor ingeniero. Sí, ya sé que usted no es el responsable, que usted no tiene la culpa de nada. Usted hace su trabajo, cobra un sueldo del Estado y le mandan con los papeles. Pero, como le decía, comprenda que mis padres ya tienen setenta años. Morirán si les saco de aquí, si les encierro entre cuatro paredes, en un pisito de la ciudad. Ya casi no pueden caminar. Siempre hemos vivido aquí. Trabajar la tierra, recoger la cosecha, las manzanas, las almédras... Sí, señor ingeniero, ya veo que todo está en orden, las pólizas, los papeles, las firmas... ¡Jamás había visto tanta póliza, y cada una de un despacho diferente! No se ponga tan nervioso. Sí, ya he visto la furgoneta de la Guardia Civil por si oponemos resistencia a la expropiación. Ustedes mandan. Ustedes ordenan. ¿Qué puede hacer una pobre familia campesina ante la ley y los fusiles? Los campesinos sólo hemos venido a este mundo para sufrir. A soportar con resignación todas las desgracias que Dios quiera mandarnos para probar nuestra fe. Ya nos lo dice el señor cura cada domingo en la iglesia: "Sólo en el cielo obtendremos la recompensa por los sufrimientos padecidos en la tierra". Ustedes mandan. Las leyes únicamente están hechas para proteger a los poderosos. Usted lo sabe perfectamente, señor.

¡Mande, mi capitán! Tiene toda la razón. Un soldado está para obedecer. Dígame... ¿qué sería de un ejército sin la disciplina, sin la más estricta obediencia? ¿Cómo se podrían conquistar países, ganar batallas, si los soldados se pusiesen a discutir las órdenes de sus superiores? El ejército se convertiría en una olla de grillos. Además, le aseguro que no sé por qué alguna gente critica tanto al estamento militar. Aquí la vida no es tan diferente a la de la calle. También en la vida civil están los que mandan y los que obedecemos. Siempre ha sido así y es normal que así sea. ¿Cómo podría la sociedad funcionar sin un orden, unas leyes, una jerarquía? Sería la más pura anarquía. Algo parecido a lo que vemos en esos reportajes que da la tele sobre el mayo del 68 o la revolución en Nicaragua. ¿Usted sabe lo que sucedió en Nicaragua, señor capitán? Lo vi la otra noche por televisión. Dicen que los campesinos se sublevaron

contra el ejército y le vencieron. ¡Y eso que estaban pertrechados y dirigidos por los norteamericanos! ¿Usted cree que eso es posible, señor? ¿Que unos simples campesinos venzan a un ejército como Dios manda? ¿No es posible? Ya decía yo que era imposible que unos analfabetos muertos de hambre supiesen tanto como ustedes que han estudiado en academias militares y han hecho cursillos especiales en Estados Unidos. ¿Qué había oficiales cubanos y rusos con los sandinistas? ¿Y por eso vencieron a los militares de carrera? No. No lo sabía, señor capitán. La televisión no lo especificó. Pero si usted lo dice, yo le creo a pies juntillas. ¿Cómo puedo dudar, ni por un segundo, de su palabra, señor capitán? Usted tiene estudios, y todo el mundo sabe, en el cuartel, que estudió con el Rey cuando era cadete en la Academia Militar de Zaragoza y que su padre fue general del glorioso ejército nacional que venció a los rojos. Usted tiene, por fuerza, que saber mucho más que un pobre albañil que lo único que sabe hacer en esta vida es poner ladrillo tras ladrillo. ¡Mire que he hecho casas desde que mi padre me puso a trabajar de muy niño! Y lo curioso es que con tantas casas y chalets que he hecho aún no tengo un techo que pueda decir que es mío. Sí, ya sé que el ejército les proporciona a ustedes una <sup>e</sup>buna casa. Pero nosotros, en la vida civil, el tener un piso nos llega a costar quince o veinte años de ahorros, de no tener jamás vacaciones, de hacer miles y miles de horas extras. ¡Qué le vamos a hacer! La vida es así y siempre lo será. Para eso está el ejército, para proteger las leyes, el orden, la santa y sagrada propiedad. No se preocupe, señor capitán. Este domingo no libraré. Vendré a su casa a terminarle de enladrillar la piscina. Si me queda tiempo, empezaré a pintar las ventanas y el yate. Ya lo sabe, siempre a sus ordenes, señor capitán. Y agradecido. ¡No faltaría más! ¿Que la criada me preparará un buen bocadillo de jamón? A su servicio, señor capitán.

¿Quién duda que sin ustedes, los curas, el mundo no podría funcionar? En primer lugar, sin el bautismo, ya de pequeños, no podríamos llegar a ser cristianos. Y sin ser cristianos jamás podríamos alcanzar el cielo, ¡que es el lugar donde a los pobres se nos hace justicia! Es por eso que ustedes estudian tantos y tantos años en el seminario o en Roma, libros y más libros, para poder así iluminar al mundo, para decirnos que hemos de ser obedientes, respetuosos, que no hemos de desear jamás nada de lo ajeno. Esto es lo que, desde muy niño, siempre he oído predicar: no desear ni la riqueza de los otros, ni sus mujeres, ni sus pingües beneficios, obtenidos -dicen algunos descreídos- sobre nuestro trabajo y nuestro sudor. Sí, señor cura. ¿Qué sería de los pobres sin su ayuda? La Iglesia dispone de desinteresadas organizaciones de